

La musa destructiva de Leonard Michaels

«Sylvia» es una muestra del genio de Michaels, la crónica culposa de quien no pudo salvar a alguien de un naufragio

Sylvia
Leonard Michaels



Prólogo de
Alan Pauls
Libros del
Asteroide,
2017
144 páginas
17,95 euros
★★★★

RODRIGO FRESÁN

Hay dos polaridades de musa: la creativa y la que empieza creativa para acabar siendo destructiva y, de nuevo, es creativa al ser retratada por el sobreviviente a su estallido.

Sylvia Bloch (gran nombre para un personaje inventado aunque haya sido una persona real), «anormalmente brillante», judía errática y errante, y primera y suicida esposa de Leonard Michaels (Nueva York, 1933 - Berkeley, 2003), pertenecía claramente al último modelo mencionado. Y no fue la única. Hay también chicas feroces y fatales en la literatura de Saul Bellow (*Herzog*), Bernard Malamud (*Las vidas de Dubin*) o Philip Roth (en el díptico *Mi vida como hombre / Los hechos*). Pero, aunque diferentes, su misión es siempre la misma más allá de su gracia o su desgracia y la de quienes, acorralados, las rodean: la de ser contadas como revancha o disculpa.

El *Sylvia* (1992) y la *Sylvia* de Michaels –quien conoció una primera versión en *Shuffle* de 1990 y más tarde sería invocada en los diarios reunidos en *Time Out of Mind* de 1999– es ambas cosas: la crónica culposa de alguien que no pudo salvar a alguien de un naufragio en el bohemio Greenwich Village del «extraño delirio» de los años 60 (donde había pocos genios y demasiados ingeniosos) y, al mismo tiempo, el testimonio de aquel tan feliz de haberse aferrado al único salvavidas que había disponible.

Y *Sylvia* es, antes que nada y después de todo, otra mues-

tra acabada del genio de Michaels. Definida por él mismo como «memoria ficticia», trasciende con mucho (tanto técnica como creativamente) a casi toda las maniobras recientes de la tan de moda auto-ficción del yo o lo que sea eso. Lo saben ya aquellos que hayan disfrutado de la edición de sus cuentos completos por Lumen en 2010 (cuando, póstumamente, se intentó y se consiguió parcialmente en Estados Unidos volver a poner en circulación a un casi olvidado con obras maestras del género breve como «Chico de ciudad», «Luna de miel» o «El maniquí» donde, como en *Sylvia*, se alterna la comedia sexual, el relato de iniciación y la viñeta siniestra) al igual que los fans del hombre incluyendo a firmas del calibre de Susan Sontag, David Lodge, William Styron, David Bezmozgis e Ian McEwan.

Prólogo de Alan Pauls

Y resulta más que apropiado que este pequeño pero profundísimo volumen venga prologado por Alan Pauls. Después de todo el argentino es autor de *El pasado* (cuyo título de trabajo fue *La mujer zombi*), novela canónica del síntoma y en

SYLVIA ES LA LOCA QUE NO SOLO VUELVE LOCO AL ESCRITOR. TAMBIÉN LO MEJORA

la que se proponía la figura de la maniática y persecutoria Sofía como inspiración expirante del sufrido Rimini, quien no puede vivir con ella o sin ella. En su introducción, Pauls comienza advirtiéndonos de que «En *Sylvia* no hay suspenso. Apenas empieza el relato, como en las tragedias griegas, la suerte está echada, y está echada aun antes de que se arrojen los dados (...) Todo está escrito desde el comienzo, en *Sylvia*, de modo que todo puede suceder rápido, muy rápido, como solían suceder las cosas en los buenos viejos tiempos».

Más adelante, Pauls define a Sylvia Bloch como más Bruja que Maga cortazariana y «flapper anacrónica». Y sí, y claro: en esta *Sylvia* de Michaels late el fantasma de aquella Zelda de Fitzgerald. La loca que no sólo vuelve loco al escritor. También lo revuelve en mejor escritor de lo que jamás habría llegado a ser sin ella a su lado destruyéndolo primero para que recién después, él pueda reconstruirse y contarse y escribirse con las palabras justas.